

# El espíritu agustiniano o ¿cómo renegar del maniqueísmo? Paralelismos entre los obispos Agustín de Tagaste y Robert Francis Prevost de Chicago

Alberto Hidalgo Tuñón. Universidad de Oviedo (Asturias, España)

Recibido 06/05/2025 • Aceptado 01/07/2025

## Resumen

Con el propósito de investigar el significado que el primer papa de la Orden de San Agustín (OSA) confiere al eslogan «espíritu agustiniano» al que se acoge su pontificado, este artículo sugiere que tal espíritu consiste en superar el maniqueísmo en el que se hallan las sociedades contemporáneas. La búsqueda de la unidad por encima de las diferencias se muestra estableciendo un paralelismo entre el ciudadano romano Aurelio Agustín que abraza el monacato después de abandonar el maniqueísmo hasta ser nombrado obispo y el ciudadano estadounidense que se dedica a predicar el evangelio en Perú hasta ser nombrado obispo de Chiclayo. En tres contextos se estudia ese paralelismo entre fraile Prevost y el Padre de la Iglesia. El contexto global geoestratégico en el que ambos se ven envueltos en una crisis civilizatoria que anticipa un fin de ciclo. En el contexto nacional o regional pueden equipararse los peligros que ambos atraviesan entre peligrosas fuerzas antagónicas violentas. Finalmente, para sostener la fortaleza de la fe y la caridad ambos deben luchar con la *ambitio saeculi* que san Agustín analizó con mucha profundidad en *Las confesiones*.

**Palabras clave:** *ambitio saeculi*, donatismo, Martin Heidegger, maniqueísmo, imperio, platonismo.

## Abstract

### The Augustinian Spirit or How to Renounce Manichaeism? Parallels between Bishops Augustine of Thagaste and Robert Francis Prevost of Chicago

In order to investigate the meaning that the first pope of the Order of Saint Augustine (OSA) gave to the slogan «Augustinian spirit» that his pontificate embraced, this article suggests that such a spirit consists of overcoming the Manichaeism that characterizes contemporary societies. The search for unity over differences is demonstrated by establishing a parallel between the Roman citizen Aurelius Augustine, who embraced monasticism after abandoning Manichaeism until he was appointed bishop, and the American citizen who dedicated himself to preaching the gospel in Peru until he was appointed bishop of Chiclayo. This parallel between Friar Prevost and the Father of the Church is studied in three contexts. The global geostrategic context in which both are involved in a civilizational crisis that anticipates the end of a cycle. In the national or regional context, the dangers that both faces can be compared, amidst dangerous and violent antagonistic forces. Finally, to sustain the strength of faith and charity, both must struggle with the *ambitio saeculi*, which Saint Augustine analyzed in great depth in *The Confessions*.

**Key words:** *Ambitio Saeculi*, Donatism, Martin Heidegger, Manichaeism, Empire, Platonism.



# El espíritu agustiniano o ¿cómo renegar del maniqueísmo? Paralelismos entre los obispos Agustín de Tagaste y Robert Francis Prevost de Chicago

Alberto Hidalgo Tuñón. Universidad de Oviedo (Asturias, España)

Recibido 06/05/2025 • Aceptado 01/07/2025

## § 1. Introducción

El pasado 8 de mayo, el monje agustino estadounidense Robert Prevost Martínez, que había sido superior general de la OSA (Orden de San Agustín) hasta 2014, y había sido promovido a cardenal por el papa Francisco en 2023, fue elegido papa de Roma (267.º, según la nomenclatura oficial), adoptando el nombre de León XIV. Es la primera vez que un agustino alcanza tan alta dignidad. Ni siquiera el mentor espiritual de la orden, que está considerado como uno de los cuatro padres de la Iglesia cristiana actual, tuvo tanto éxito en vida. Entre las primeras declaraciones, aparte de la apuesta por la paz (desarmada y desarmante) y por la continuidad del legado caritativo de Jesús para los emigrantes tras la senda marcada por el antecesor Francisco, destaca como elemento distintivo su apelación al «espíritu agustiniano» o agustino, condensado en la fórmula latina *in illo uno unum*, que figura como emblema de su escudo papal.

Es esta fórmula («En aquel uno somos uno»), que el obispo peruano de Chiclayo había adoptado ya en 2015 para su escudo episcopal, ¿el resumen de lo que debe entenderse por «espíritu agustiniano»? ¿Es esta idea de unidad por encima de las diferencias maniqueas y de la pluralidad real la fórmula mágica que, por un lado, sirvió al ciudadano romano Aurelio Agustín para abandonar el maniqueísmo primero, pero, sobre todo, para luchar por la unidad de las iglesias africanas (fracturadas por el donatismo) en una época de cataclismos sociales y descomposición cultural como fueron los comienzos de siglo V para el Imperio romano? ¿Acaso esta fórmula no coincide, por un lado, mientras por otro trata de superar la que figura en el frontispicio del capitolio norteamericano «*Ex pluribus unum*» (unidad a partir de la pluralidad)?

## § 2. ¿Vidas paralelas?

Aunque la Orden de San Agustín fue refundada por Inocencio IV en el año 1244 ante la necesidad de unificar en una orden mendicante única la multitud de comunidades eremitas que habían surgido adoptando la *Regla* del inspirador Padre de la Iglesia, lo cierto es que los que adoptan esta forma de vida proceden de situaciones muy heterogéneas y lograron su unificación gracias a la consigna y la dirección del papado romano, lo que les diferencia de franciscanos, dominicos y demás órdenes religiosas posteriores, así como la de los jesuitas, que tienen un fundador único. Incluso la implantación de los agustinos en EE.UU., que se inició en 1794 por una misión de la provincia irlandesa en Chicago procede de una plural fusión de misioneros procedentes de otras provincias como España, Alemania, etc. lo que instaura entre los agustinos una pluralidad de sensibilidades que conviven bajo el lema de la conversión de san Agustín, el famoso «*tolle et lege*», que se describe en las *Confesiones*.<sup>1</sup>

Hay, además, un cierto paralelismo entre la época que le tocó vivir a san Agustín (declive del Imperio romano, invasiones bárbaras, refundación del cristianismo, escisión progresiva entre Oriente y Occidente, etc.) y el complejo comienzo del siglo XXI, que con mucha frecuencia los historiadores comparan al período final del helenismo. ¿Es esta similitud la que ha inspirado a los cultivados cardenales que constituyen el cónclave romano para elegir a uno, no menos culto, pero con la sensibilidad misionera de Pablo de Tarso, que en sus discursos enfatiza siempre el «espíritu agustiniano»? ¿Acaso no hay pasmosas similitudes entre la imagen de la Gran Iglesia peregrinante que Agustín dibuja en *La ciudad de Dios* y la incierta y trepidante globalización por la que discurre nuestro presente? La Ciudad de Dios, en efecto, está dividida «espacialmente» entre el *mundus adspectabilis* (exterior) bajo la férula del poder temporal integrador, pero tolerante, del Imperio romano y el destino íntimo de cada sujeto cuyo amor yace sepultado en el abismo (interior) de cada conciencia, por un lado, mientras, por otro, «temporalmente» en este valle de lágrimas

---

<sup>1</sup> A lo largo del artículo se hará amplio uso de las *Obras completas* de san Agustín iniciadas en 1946 por la BAC con texto bilingüe. Especialmente el t. II, *Las confesiones*, edición crítica y anotada por el P. Ángel Custodio Vega, OSA, 2ª edición revisada en 1951 (aunque aquí manejaremos la sexta edición de 1968, que incorpora las correcciones de la quinta y las citas); el t. III, *Obras filosóficas: El libre albedrío; La ciudad de Dios*, t. XVI y t. XVII; *Sermones*, t. VII y t. X y *Escritos antimaniqueos*, t. XXX y t. XXXI.

se ventila la sorda tensión entre los dos amores que apuntan maniqueamente hacia un destino final en el que se producirá el triunfo definitivo del *Amor de Dios* y la ruina absoluta del *amor a sí mismo*. Lejos de ser transparentes también en la coyuntura actual bajo la inmensa pantalla mediática de la llamada *aldea global* o *telépolis* acechan encubiertos los mecanismos de poder enquistados que confunden los verdaderos intereses del *capitalismo democrático* con los descarados abusos de los más crueles dictadores. Hace falta hilar muy fino para no dejarse engañar, no equivocarse de enemigos y saber discriminar entre catastrofistas y fetichistas, sean de izquierdas o de derechas, a la hora de condenar doctrinas y/o promover actitudes y normas morales.

Hagamos primero, una comparación microsociológica en entornos equiparables. Nacidos a mediados de un siglo (del IV en el caso de Agustín de Tagaste, del XX en caso de Robert Francis Prevost de Chicago) a la edad de 60 años encontramos a ambos oficiando como obispos misioneros, uno en Hipona, donde es una celebridad y otro en Chiclayo, donde goza de gran autoridad entre una feligresía mayoritariamente católica. Pese a la distancia física y cronológica entre ambos, ¿en qué se cifra lo que puede llamarse el «espíritu agustiniano»?

Aparentemente, el contexto histórico-cultural en el que se desenvuelve socialmente el obispo católico de la ciudad de Hipona es muy diferente del que rodea al obispo de Chiclayo, si no fuera porque ambos ejercen una autoridad delegada por Roma y desde Roma y proceden de una ciudad natal distinta. Agustín se encuentra en clara competencia religiosa con donatistas, paganos y maniqueos y está ajustando cuentas con todo su entorno cultural. Como dice Adalbert Hamman que narra prolíficamente el ambiente social, cultural, económico y religioso de Hipona:

Más que en Italia, la aristocracia se cristianiza. La élite intelectual escucha a Agustín, influenciada por su gracia y prestigio. El monaquismo masculino y femenino echa raíces en Hipona, desde donde se extiende a las ciudades de la provincia. La comunidad de Adrumeto se nos hace notoria durante la controversia pelagiana. Las regiones del interior son más reticentes y más fieles a sus antiguas divinidades. No olvidemos que «paganus» significa, en su origen, *campesino*. [Hamman, 1989: 14]

Y ¿para quién, sino para esa aristocracia que lee latín, está escribiendo el brillante y admirado obispo católico? No se trata de un paralelismo biográfico entre el joven de

Illinois, quien en una sociedad pluralista, siempre mantuvo el mismo horizonte católico que sus padres, mientras Agustín maduró intelectualmente entre veleidades viriles y potentes tentaciones clandestinas por parte del maniqueísmo. En realidad, mientras el ciudadano romano Aurelio Agustín a la edad de 30 años comienza a desengañarse del maniqueísmo juvenil ante la insolvencia intelectual de su líder, el obispo Fausto, el matemático norteamericano se adscribe al sacerdocio y acepta ir de misionero al Perú, remota región andina salpicada de problemas.

Antes de ascender a la dignidad episcopal mientras el religioso agustino pisa el barro como vicario parroquial, funcionario diocesano, profesor del seminario y administrador parroquial en Piura, Chulucanas, Trujillo y Chiclayo, Agustín cancela su ascenso en la corte imperial de Milán para regresar con sus amigos a su tierra natal en busca de un perfeccionamiento interior. ¿En qué consiste el «espíritu agustiniano», si el padre del mismo insiste en la *via interioritatis*, pues es en el abismo de la conciencia donde reside la verdad, mientras el fraile agustino se desparrama en una tierra extraña para impregnarse de ella, fagocitarla e incorporarla a su interior? Las biografías peruanas del obispo Prevost, aparte de reseñar su versatilidad y eficiencia en el desempeño de una pluralidad de cargos y funciones, insisten en su cercanía con los más desfavorecidos, su empatía con los que sufrían desgracias personales o ambientales y su disposición a defender los derechos de los marginados. ¿No decía el africano «ama y haz lo que quieras»?

Un corazón atravesado por una flecha que le aprisiona a un libro que le sirve de pedestal es el emblema agustiniano que el papa Prevost (ya León XIV) mantiene en su escudo de armas. El símbolo remite a la estrategia que el «espíritu agustiniano» utiliza para escapar de la gran tentación que acecha a toda jerarquía eclesiástica y que el propio Agustín analizó con sutileza encomiable en su obra más famosa *Las confesiones*. Puesto que la primera vez que fue destinado a Perú, el fraile agustino Robert Prevost en 1985 se encontró con las convulsiones típicas de un país iberoamericano, en el que gana las elecciones un candidato del A.P.R.A., el izquierdista Alán García, que sustituye a Belaúnde Terry del partido Acción Popular, a pesar de lo cual cobra fuerza el grupo guerrillero maoísta, Sendero Luminoso, violento y antidemocrático, fundado por el fanático Abimael Guzmán, no le quedó otra que adoptar la estrategia pacifista

de Agustín cuando regresó a su África natal. Huyendo de los extremos, se percató de hasta qué punto el fanatismo no era un problema únicamente político, sino también militar, social, económico y religioso.

Como se sabe, Agustín regresa a África con el propósito de fundar un cenobio y dedicarse al estudio y a la oración, pero el ambiente religioso de Numidia le impedirá retirarse. Según el relato de san Posidio acudió a Hipona, invitado por un «funcionario público de esos que llaman *agentes de negocios*, buen cristiano y temeroso de Dios».

A finales del siglo IV y principios del siglo V África se cristianiza a marchas forzadas y Agustín forma parte de ese proceso, después de haber sido aliado del líder pagano Símaco en Roma y en Milán. En defensa del cristianismo pasa por haber dado la puntilla de gracia al paganismo en su obra cumbre *La ciudad de Dios*. Pero en las fechas de su regreso africano después de su conversión a la Gran Iglesia, su conducta es más prudente. Sabiendo que la cristianización era un designio imperial, Agustín evita las poblaciones sin obispo para eludir la tentación de incurrir otra vez en la *ambitio saeculi*, pero en Hippo Regia es «arrebatao para el sacerdocio». En el sermón 355 refiere así este episodio:

Vine a esta ciudad a ver a un amigo, a quien quería ganármelo para Dios y para nuestro convento. Venía seguro, porque teníais obispo. Pero sorprendiéndome, me forzaron a recibir las sagradas órdenes, y por esta grada he llegado a la dignidad episcopal. No traje nada aquí; sólo vine con los vestidos puestos. Y como aquí quería vivir en comunidad con mis hermanos, el anciano Valerio, de feliz memoria, conociendo mi propósito, me dio el huerto donde ahora está el convento.<sup>2</sup>

Siendo griego de origen, Valerio reclutó al brillante Agustín para que predicara en su nombre, de modo que sus dotes de predicador le llevaron al episcopado por un proceso más que natural, pero insólito entre los púnicos. Valerio, sin embargo, consigue que Megalio, obispo de Calama y primado de Numidia, pese a sus reservas, nombre prelado de Hipona a Agustín dos años antes de dejar la sede vacante. De este modo, como sustituto del anciano Valerio, Agustín forma parte ya de los concilios de

<sup>2</sup> Sermo 355, 1-2: PL, 39, 1569 *Tenuem paupertaculum meam rendidi*. El episodio aparece en el capítulo 4.º de la *Vida de san Agustín* por Posidio, traducida y anotada por Victorino Capánaga a partir del *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL); Viena, 1865 y ss.

Cartago desde 394, donde reside un tercio de su tiempo y donde su ascendencia crece sin cesar.

Después de esta primera experiencia en Chulucanas, convencido de la necesidad de contar con una base económica independiente para no caer en la tentación de corrupción generalizada del país objeto de su misión, además de los cargos institucionales que desempeñó en Illinois, se dedicó a recaudar fondos para las misiones a las que regresó en 1988. Fue en esta segunda estancia de más de diez años en Perú cuando se involucró más profundamente en los usos y costumbres del país en el que más tarde adquirirá la nacionalidad. Aparte de los cargos que desempeñó y de los proyectos que ejecutó, muy poco ha trascendido de su evolución espiritual e intelectual interna, en la que sin duda influyeron los agitados avatares políticos que ocurrieron en el país andino y que pudo observar desde su posición de vicario judicial de la arquidiócesis de Trujillo, en la que permaneció hasta 1998. ¿Qué observó el fraile agustino en este periodo?

- 1) Que a pesar de las medidas socialistas adoptadas por el A.P.R.A. (nacionalización de la banca, congelación de la deuda externa, etc.) García no logró doblegar el poder terrorista de Sendero Luminoso ni frenar el deterioro progresivo de la situación socio-económica.
- 2) Vio triunfar la opción populista de Alberto Fujimori, al margen de los partidos tradicionales.
- 3) Los tejemanejes y corrupciones del populista en connivencia con Vladimiro Montesinos uno de los artífices del GEIN y el general Marco Miyashiro, quien dirigió la operación Victoria, mediante la que lograron detener a Guzmán y dar el golpe de gracia a Sendero Luminoso.
- 4) El autogolpe militar que permitió a Fujimori, cambiar la constitución y proclamarse presidente por sufragio universal en 1995.
- 5) El estallido del conflicto fronterizo entre Perú y Ecuador en 1995, que afectó especialmente al territorio norte, que conocía muy bien.

Es probable que las experiencias de esta tortuosa situación le llevarasen, por un lado, a ubicarse en una posición moderada y centrista, mientras, por otro, le inclinase a

abrazar la convicción de que la compasión no es una característica religiosa, sino una virtud de lesa humanidad, por lo que, como dice san Agustín en *La ciudad de Dios*, nadie en esta vida puede tener la seguridad de encontrarse entre los verdaderos elegidos o incluido entre la caterva de condenados.

En 1998 el fraile Prevost tuvo que hacerse cargo de la dirección de los agustinos en Chicago como prior provincial. No en vano en 1987 había defendido una tesis doctoral sobre «el rol del prior local en la Orden de San Agustín». A partir de entonces se convirtió en el jefe espiritual de una poderosa orden religiosa con misiones en cuarenta países y relaciones con los dicasterios vaticanos, pues ya a principios del siglo XXI se convirtió en el prior general de la Orden por elección, cargo que ocupó en dos mandatos de siete años. Este reconocimiento de los suyos puede equipararse al liderazgo religioso que san Agustín ejerció sobre los obispos de la Iglesia africana que tenía sus concilios y reuniones pastorales en Cartago. Pero tal reconocimiento puede convertirse en un peligro, pues azuza una de las tentaciones más peligrosas que, asociadas al éxito, debe vencer quien aspire a la perfección de la santidad, la llamada *ambitio saeculi*.

### § 3. La *ambitio saeculi*

Exactamente en el 398, 1600 años antes, Agustín de Hipona escribió en *Las confesiones* unos capítulos dedicados a esa *ambitio saeculi*, tentación que le acecha cotidianamente en función de su oficio de obispo al que le corresponde no sólo enseñar, predicar, dirigir, evangelizar, sino también impartir justicia. No está de más leer los numerosos datos que recoge Hamman en su libro, porque sólo así pueden entenderse párrafos como este:

Porque habiéndonos mandado tú no solo la continencia, esto es, de qué cosas debemos cohibir el amor, sino también la justicia, esto es, en qué lo debemos poner, y queriendo no sólo que te amásemos a ti, sino también al prójimo, sucede muchas veces que parezco deleitarme del provecho o esperanza del prójimo, cuando me deleito con la alabanza del que ha entendido bien, y a su vez

contristarme con su mal, cuando le oigo vituperar lo bueno que ignora [...] ¿Luego también en esto ando incierto de mí? [Agustín, *Conf.*: X, 37, 61]<sup>3</sup>

No se trata sólo de que Agustín tome el término «*continentia*» en su sentido etimológico y primero de ‘contenerse’, ‘reprimir’, ‘apartar’, etc., es que el término «*iustitia*» debe entenderse literalmente, pues desde Constantino, los obispos tienen capacidad judicial y ocupan su oficina para atender los procesos civiles. No está de más recordar en este contexto que el agustino Prevost se había licenciado en Derecho Canónico en 1984 por el Angelicum de Roma. Pese a las restricciones del poder judicial de las iglesias en los Estados modernos, la doble vía era algo normal en la Antigüedad y el propio san Pablo condena a los corintios que llevan sus litigios ante el tribunal pagano, «en vez de dirigirse a los santos».

¿Qué funciones desempeña un vicario judicial en el norte de Perú azotado, no sólo por la violencia revolucionaria de Sendero Luminoso, sino también por las injusticias sociales y vulneraciones de derechos que cometen los poderes y autoridades civiles que sirven de pretexto a los revolucionarios? Si Agustín de Hipona fue acusado por los nacionalistas y revolucionarios circunceliones de colaborar con el Imperio romano, el obispo Prevost fue también acusado de proteger a curas violadores, pese a su firme oposición al Sodalicio (antes de ser disuelto por el papa Francisco), y su distanciamiento del propio cardenal Cipriani. ¿Cómo sortear las presiones de los poderosos en sus intentos de apropiación del medio ambiente y evitar los abusos del poder sobre los más vulnerables en defensa de sus derechos humanos? ¿Qué similitudes y qué diferencias cabe observar entre el ciudadano romano Aurelio Agustín como obispo de la Gran Iglesia en la provincia romana de Numidia, de la que es originario, y el ciudadano norteamericano Robert Prevost, destinado como obispo en una república sudamericana, de la que adopta la nacionalidad cuando Roma le convierte en autoridad religiosa de ese país?

<sup>3</sup> «*Quia nobis imperasti non tantum continentia, id est, a quibus rebus amorem cohibeamus, verum etiam iustitiam, id est quo eum conferamus, nec de tantum voluisti a nobis verum etiam proximum diligere, saepe mihi videor de propectu aut spe proximi delectari, cum bene intelligentis laude delector, et rursus eius mali contristari, cum meum audio vituperare quod aut ignorat aut bonum est... Ergone de hoc incertus sum mei?».*

Los comentaristas y periodistas que suelen dictar la interpretación dominante de la actualidad reseñan la ambigüedad de que dos países consideren al nuevo papa como nacional suyo, sobre todo, por la perplejidad que suscita la posición política tan encontrada con la del actual presidente Donald Trump respecto a la inmigración, la conservación del medio ambiente o la paz, sin que se molesten siquiera en reseñar la adscripción política de la presidenta actual del Perú, Dina Boluarte, que se había hecho con el poder tras la destitución del presidente Castillo, un docente que intentaba «moralizar» la política del país. Para un cristiano todo poder temporal es efímero comparado con el poder y la justifica divinas. Objetivamente hay pocas diferencias entre el efímero poder de los emperadores romanos, sometido a los violentos vaivenes de los ejércitos que dictaban su promoción y la de los presidentes constitucionales de una república que tiene limitado su mandato por convenciones legales y puede ser destituido por razones jurídicas o por votaciones parlamentarias. Pero en el bagaje espiritual del fraile agustino Prevost cuenta mucho más la influencia de su padre carnal, de profesión maestro, quien le había inculcado la convicción de que una cosa es la Iglesia como institución y otra, más valiosa, la íntima convicción de formar parte de una comunión de fieles:

Yo pienso que hoy la voz de la Iglesia, el testimonio de la Iglesia no como institución, sino como una *comunión de fieles*, con los mártires, con la presencia y el testimonio de hombres y mujeres que dan su vida incluso en situaciones de violencia, de guerra, de conflictos [...] sirve para impulsar una *renovación espiritual* [...] lo que yo llamo una nueva actitud. [Prevost, 2025]

En el espíritu del Concilio Vaticano II, ¿no es esa nueva actitud reconocer que la *compasión* no es una actitud religiosa, sino una *virtud* humana y que, como acaba de proclamar en su última homilía que «antes que creyentes, estamos llamados a ser humanos»?

Para el fraile agustino ni Abimael Guzmán, ni Vladimir Montesinos, ni Alberto Fujimori eran compasivos, sino todo lo contrario. Pero tampoco eran humanas las acciones del Sodalicio de Vida Cristiana, la organización peruana que abusó de sus miembros y se apropió de las tierras de los campesinos de Catacaos y fue disuelta por el papa Francisco. Dentro de la propia jerarquía eclesiástica hay facciones ultras como la de Giovanni Angelo Becciu condenado por fraude fiscal a cinco años de cárcel, que

hace tándem con el cardenal peruano Cipriani del Opus Dei, condenado por abusos sexuales con los que todavía tiene que seguir bregando en Roma. A los ultras de la Iglesia no les gusta el espíritu agustiniano que invoca el nuevo papa León XIV, como tampoco a los progresistas le gustan sus posiciones conservadoras respecto al sacerdocio de las mujeres, su condena del aborto o sus reticencias a integrar colectivos LGBTQ en la Iglesia. De manera que nada hay decidido respecto al futuro del papa León XIV ni de su compromiso con el llamado «espíritu agustiniano» que promete asumir para tender puentes entre los contendientes en los conflictos bélicos abiertos (entre Rusia y Ucrania, Israel y Palestina o India y Pakistán, por no hablar de Burkina Faso, Yemen, Myanmar, etc.) pero también entre las distintas facciones religiosas cristianas.

Aristóteles decía aquello de que toda virtud, incluida la justicia, es el *término medio* entre dos extremos viciosos y que lo que orienta nuestras vidas no es la riqueza que es simplemente un medio con vistas a algo. ¿Qué idea de justicia comparten los obispos Agustín y Prevost? En realidad, más que teorías sobre la justicia, ambos obispos comparten prácticas que atajan situaciones concretas en contextos muy específicos. En África, los cristianos y aún los paganos huían de la justicia civil, por ser venal, sobrecargada de procesos e inhumana pues abusaba de la tortura al estar amparada por la milicia imperial. Juez imparcial y gratuito, Agustín no aceptaba jamás emolumentos ni regalos. Demostraba mansedumbre y benevolencia, incluso con culpables notorios. De ahí que en el texto que estamos comentando Agustín parece tener en la mente el tribunal de Dios a quien tendrá que dar cuenta y acaba mostrando sus inseguridades, pues tiene que decidir sobre cuestiones embrolladas, donde se enfrentan muchas pasiones. El veredicto del juez provoca a veces reacciones apasionadas por parte del perdedor. Ademanos y movimientos de desesperación son parte del escenario. Unos ponen en duda la imparcialidad del obispo, otros su sabiduría; los ricos dudan de su desinterés, los pobres de su benevolencia. Hay muchas anécdotas que sugieren la desconfianza sistemática y el suspicaz y severo escrutinio al que los feligreses someten a su obispo de cuya benevolencia dependen. A diferencia de Agustín, que no utilizaba el púnico en sus sermones, el obispo Prevost en su intento de acercarse a las comunidades rurales e indígenas intentó aprender el aymara, llegó

a entender y hablar con soltura el quechua, así como el español para defender a los pobres azotados por la desigualdad en las parroquias urbanas.

¿Cómo entender entonces la *ambitio saeculi* de la que quiere librarse Agustín en el texto que estamos comentando, mientras el obispo Prevost parece esforzarse al máximo por empatizar con su feligresía? Al no tener en cuenta el contexto histórico-cultural, aunque las exégesis teóricas, como la de Heidegger, alcancen a formular en abstracto la facticidad del ser-ahí, por ejemplo, cuando comenta:

*Homo movetur laudibus humanis* [El hombre es movido por la búsqueda de alabanzas de otros hombres] (*Conf. X, 37, 60*), lo que equivale a decir que el foco motivacional de la vida propia se concentra plenamente en el estar-en-situación-de-autoridad-y-preminencia en el mundo compartido y entre aquellos con los que lo compartimos.<sup>4</sup>

No parece haber acertado con el pasaje anterior sobre la *continentia* y la *iustitia*:

A la *continentia* que representa en la experiencia de la *tentatio* el modo y la dirección del superar, del detener la caída, no corresponde sólo el *cohibere amorem ab aliqua* —comenta Heidegger—, sino que vienen exigidas en ella la *iustitia*, la *collatio, positio amoris quo* [el encontrar, el poner el corazón en una serie de cosas], el llevar y conducir y la dirección genuina del preocuparse del amor. *Iustitia* es el estar-dirigido-hacia cargado de sentido verdaderamente originario («piedad», *cfer.* la comprensión de la *iustitia* de Lutero) en la totalidad de la experiencia fáctica de lo importante. [Heidegger, 2014: 128]

Se trata de un análisis que apenas puede aplicarse al obispo Prevost, cuyas licenciaturas en Matemáticas, Filosofía o Derecho Canónico parecen eclipsarse en las situaciones cara a cara, en las que el agustino parece haber destacado por su capacidad de escuchar en varios idiomas.

No necesito citar más. Es obvio que, al ignorar el contexto histórico-cultural, en este caso las competencias judiciales de los obispos, y centrarse con exclusividad en la fenomenología de los afectos, en la elucidación del mundo-de-sí-mismo y en la facticidad del ser-ahí, para Heidegger resultan irrelevantes todas las alusiones que el

<sup>4</sup> Heidegger (2014: 121-122), partir del *Grundprobleme der Phänomenologie*, en *Gesamtausgabe*, vol. 58, primeras lecciones de Friburgo en el semestre de invierno de 1919-1920 (H-H. Gander, ed.). Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1993. Y especialmente, Heidegger (1997).

texto de Agustín hace al mundo circundante. Pero para el obispo de Hipona ese mundo es tan relevante que incluso determina la forma en que se presenta a sí mismo en la ciudad que tanto le admira y entre los seguidores que le han obligado a ser presbítero y luego, contra su voluntad, a dirigir la comunidad católica («*pusillus grex tuus, Domine*») como obispo. De ahí la necesidad de repasar el ambiente religioso que le rodea para entender en sus propios términos los capítulos dedicados a la *ambitio saeculi*, en particular, los capítulos 39 y 40, cuyo tono intimista parece oscilar entre el vituperio de sí mismo y el deliquio místico, pero, sobre todo, los extraños capítulos finales (del 41 al 43) que justifican su repaso de las tentaciones en términos de contienda religiosa tanto con el paganismo como con las otras confesiones cristianas. El obispo Prevost que adquiere la nacionalidad peruana cuando el papa Francisco le envía a Chiclayo, logra ganarse el respeto y admiración de sus feligreses a base de practicar las virtudes cristianas de la humildad y la caridad con el objetivo de frenar la creciente desafección de una ciudadanía mayoritariamente católica por tradición.

En el 399 un edicto imperial ordenó la destrucción de los templos paganos y en el 401 los concilios cristianos africanos ratificaron esta orden. Baste otro episodio que narra Hamman para ilustrar el clima de confrontación en el que vive Agustín, no ya con la pequeña secta maniquea, sino con el grueso de la población pagana. En aquel año de 401, el obispo de Hipona predicaba en Cartago. Blandió el salmo: «Dios, ¿quién es grande como tú?». Hizo reír a su público, al narrar el reciente incidente: el procónsul había afeitado la barba al dios Hércules, especialmente honrado en toda Mrica; «y como la fuerza reside en la barba, hermanos míos, creo que es más vergonzoso para Hércules el tener la barba cortada que la cabeza rapada». El orador recordó entonces que en Roma los templos habían sido cerrados y los ídolos rotos. Un clamor se levantó de la asamblea y acompasó: «En Cartago como en Roma». En una magnífica elevación, el obispo continuó: «Los dioses han dejado Roma y todavía están acá. Piensen en ello y saquen las consecuencias prácticas». Y la muchedumbre estalló en una salva de aplausos: «¡Los dioses romanos, los dioses romanos, los dioses romanos!» Agustín prosiguió con humor:

Tranquilícense. Los dioses romanos están siempre en Roma. No hay peligro de que vengan aquí. No pueden andar con sus pies de piedra. La intolerancia religiosa hizo correr mucha sangre cristiana

en los anfiteatros. El furor mugiente de los paganos obligó a que los cristianos sacrificaran a sus dioses. Los que se rehusaron a ello, murieron torturados. El crimen que se les imputa, es el haber despreciado el culto de los romanos. Oh dioses romanos, ¡qué prevaricaciones, qué crueldades fueron cometidas en su nombre!» [Hamman, 1989: 80]

En todo este proceso que afecta al funcionamiento de las religiones místicas y de las confesiones cristianas las hostilidades están a flor de piel. La situación en Numidia, en Cartago la capital, pero también en Hipona, es muy complicada en términos religiosos, pues el paganismo se alía con frecuencia al judaísmo, al poder municipal, al maniqueísmo y a los adoradores de los cultos antiguos contra el cristianismo que ha sido proclamado religión oficial. Pero dentro del cristianismo los donatistas son los mayores iconoclastas, pues conservan en la población la tradición de los mártires y el rencor contra Roma y, además, ofician los cultos en la lengua vernácula, el púnico. Al llegar Agustín a Hipona, más de la mitad de la población cristiana había pasado al donatismo. Los católicos minoritarios, agobiados y desanimados se agarran a él como lapas. La reunión de los cristianos y el fin de la división atormenta el espíritu de Agustín, a lo largo de todo su episcopado, quien en numerosos sermones alude a la metáfora de la «túnica de Cristo desgarrada»<sup>5</sup>. ¿No es justamente este el núcleo del «espíritu agustiniano» que queda expresado en la fórmula latina «*in illo uno unum*»?

<sup>5</sup> Cito otra vez a Hamman (1989: 139-140): «Pacientemente, por persuasión y discusión, desde los comienzos de su episcopado, el obispo de Hipona se afana por traer los disidentes a la unidad. Durante toda su existencia vive como obsesionado por el cisma que desgarró la túnica sin costura de Cristo, en África. Se esfuerza primero en convencer a los hombres de buena voluntad, rechazando alegatos y denunciando prejuicios. ¿Cómo puede pretender ser la *Una Sancta* una disidencia propia del suelo africano, desconocida por todas las Iglesias del mundo? Durante sus años de episcopado, Agustín sabía que unos donatistas estaban presentes para escuchar sus prédicas y por eso toca constantemente el tema de la unidad desgarrada. “Ahora el cuerpo de Cristo está mezclado como el grano en la era. Pero el Señor sabe quiénes le pertenecen”: En otro momento, es más agresivo: “Por todas partes, la Escritura dice que la Iglesia, unidad de Cristo, ocupará la tierra y somos esta casa. Este es ‘el trueno que suena’ en las Escrituras. Y unas ranas graznan en su pantano: ‘Somos los únicos cristianos, los verdaderos’”. Desde el año 394, el obispo de Hipona compuso un canto popular para los donatistas de su ciudad: “Vengan, hermanos, si quieren insertarse en la viña; sufrimos al verles en el suelo, cortados”. Por extraño que parezca, Agustín pronunció una de las frases más célebres y más celebradas, a propósito de los donatistas: *Ama et fac quod vis* (ama y haz lo que quieras) y en torno al cual la posteridad cometió tantos contrasentidos. El obispo quiere decir que el amor inspira nuestro comportamiento cotidiano y hasta nuestra severidad y nuestro rigor. El Padre corrige porque ama. La caridad castiga, la maldad halaga. Muchas cosas se realizan bajo la apariencia del bien, que no se basan en la caridad. Las espinas también tienen flores. Hay actitudes aparentemente duras y aún crueles que, para una buena educación, son inspirados por el amor. Un solo mandamiento te es dado, finalmente: ama, y haz lo que quieras. Ante el fracaso de la mansedumbre, el obispo se resuelve de mala gana a recurrir a la autoridad para

Pero hasta el concilio del 411 seguirá habiendo dos catedrales de la misma confesión que realizan cultos paralelos, rivales y la hostilidad entre ambas comunidades llega hasta el punto de prohibir la venta de pan a los miembros de la otra confesión. Era más difícil para un católico convivir con los donatistas que con los maniqueos, que ni siquiera tenían templos. Las basílicas (había más donatistas que católicas en Hipona, ya que los ricos donatistas eran más) estaban tan cerca la una de la otra, que era fácil en una misma hora oír los cantos y las oraciones de la iglesia vecina. El obispo católico debía levantar la voz para tapar aquella bulla sagrada. En las fiestas de los mártires, las celebraciones donatistas terminaban en bacanales. Las hostilidades eran tan intensas que frente al poder imperial de Roma surgió el movimiento anarquista de los circunceliones, que se convirtió en una suerte de brazo armado del donatismo. ¿Hasta qué punto las confrontaciones de franciscano Prevost contra los miembros del Sodalicio no se asemejan a las que mantuvo Agustín contra los donatistas? Y, por otro lado, ¿acaso el comunismo armado del profesor de filosofía Abimael Guzmán no sigue un recorrido anarquista y antisistema similar al de los circunceliones que atentaron contra el obispo de Hipona? ¿No es cierto que el joven sacerdote Prevost sufrió amenazas de muerte por parte del grupo terrorista Sendero Luminoso, a los que criticó severamente en sus sermones y se libró de atentados por las mismas casualidades que san Posidio narra en su vida de san Agustín?

El oficio de obispo de Hipona era muy trabajoso e ingrato. ¿Cómo un miembro de la *intelligentsia* romana llegó a alcanzar tanta popularidad ante un público heterogéneo, inculto, pero atrevido, que se mezclaba tanto como lo hacían en el circo o en el teatro? Númidas, moros, gétulos que habitan las mesetas y la montaña, que hablan bereber en las chabolas de Kabilia y de Aurés, cuando cosechan la aceituna o llevan sus ganados a las landas del Chelif y apenas dominan algunos latinajos cuando se instalan en la ciudad debían ser convertidos a la fe. En África, el celebrante no era un oficiante hierático a la manera bizantina. Era el padre de esta muchedumbre abigarrada y no su mago. Era «el mimo sagrado» que ocupaba toda la escena y

---

poner fin a un cisma que desgarró África, gasta las fuerzas y detiene la evangelización. A pesar de los edictos imperiales, un año después de la ley de unión del año 405, los donatistas de Bagaí quemaron la iglesia católica. Lo mismo sucede en Setif y Constantina. Un obispo se jacta de haber quemado, él sólo, cuatro iglesias católicas. Agustín decide entonces poner término al asunto e ir hasta el fondo de las cosas. Consigue finalmente la reunión de una gran conferencia contradictoria en Cartago en 411, desenlace de los esfuerzos de toda una vida. Debía devolver a la Iglesia de Mrica paz y unidad.»

asociaba el público a su juego. Era el conductor de una liturgia viva, multicolor en que la gente hablaba, protestaba, aplaudía, aclamaba o rehusaba. Durante su oficio Agustín bajaba de la tarima de su cátedra, se acercaba a la muchedumbre para restablecer el orden, iba y venía entre las camarillas que se formaban para ponerlas de acuerdo. No siempre lo lograba: los fieles cambiaban de iglesia, «como la paja que el viento lleva de la era y tira en matorrales, atrapada en las espinas. Otra ráfaga de viento la vuelve a traer a la era» (*Ibidem*: 90 y ss., del epígrafe sobre los «hermanos enemigos» del capítulo VIII titulado «La red llena de peces»).

Entre los testimonios que recoge la prensa sobre la estancia de agustino Prevost en Perú puede destacarse la de su colega Oscar Murillo Villanueva, otro sacerdote que lo conoció, quien destaca su valentía al enfrentar las injusticias. «Nunca se quedó callado ante las injusticias... las masacres, las omisiones de los gobernantes», afirma Murillo. Prevost era conocido por su serenidad y sentido del humor, aunque también era riguroso en lo académico, expulsando a estudiantes por hacer trampa. Entre la multitud de casos recogidos por Hamman está el caso del joven al que Agustín reprende por golpear a su madre amenazando con matarla. El joven malcriado pasa a los disidentes, felices de acogerle y Agustín obispo lo describe en el santuario cerca de las barandillas, en vestido blanco, «bramando contra una madre cuya sangre quería derramar». El obispo de Hipona prohibió que un subdiácono del pueblo de Espano entrara a un monasterio de mujeres. Este, irritado, se hizo bautizar por los donatistas. Acabó extraviando a dos religiosas que vivían en el mismo lugar. El trío se unió a los circunceliones que vagabundeaban en la región; se entregaron a orgías, practicando juntos el amor libre. Entre los miembros de Sendero Luminoso hay una presencia masiva de mujeres (cerca del 40%), algunas con mando de tropa.

El fraile agustino condenó con severidad los asesinatos y masacres de Sendero Luminoso, justificado muchas veces por sus dirigentes, en particular por el Pensamiento Gonzalo. Le irritó especialmente el asesinato de 36 campesinos mientras estaban en un oficio de la Iglesia Pentecostal en 1991, pero eso no le impidió criticar igualmente las violaciones de derechos humanos cometidas por Alberto Fujimori. Las descripciones y condenas de Prevost pueden equipararse a las que hace san Agustín en la carta 111:

En esta región de Hipona, adonde no han llegado los bárbaros, los donatistas y circunceliones devastan tanto las iglesias con sus saqueos y robos, que tal vez los crímenes de los bárbaros sean más tolerables. Pues, ¿qué bárbaro jamás imaginó el género de crueldad como el que han inventado estos de arrojar cal viva y vinagre ante los ojos de los clérigos, y eso después de causarles horribles mutilaciones y heridas por todo el cuerpo?

Y es que el objetivo de amedrentar y causar terror a quienes se oponían a sus ideas y propósitos era los mismos en el caso antiguo que en las estrategias comunistas de Pensamiento Gonzalo, al que opuso gallardamente la opción por los pobres de la teología de la liberación del teólogo peruano Gustavo Gutiérrez.

Así pues, leídas con perspectiva sociológica, las cartas, los sermones y muchas de las obras polémicas de Agustín son una fuente fidedigna para dibujar la imagen de la sociedad norteafricana romanizada en su época. Durante la controversia donatista, las iglesias ortodoxas pedían la protección (*tuitio*) de los latifundistas, así como la de los magistrados municipales. Pamaquio ejercía presión para que los colonos volvieran a la Iglesia católica. Agustín le felicitaba y le rogaba actuar de la misma manera ante los senadores romanos que poseían tierras en África. El obispo de Hipona escribía a Festo, porque sus colonos pasados al donatismo representaban un peligro para la comunidad católica. Le pedía trabajar «en la conversión de los que no son católicos». La ambigüedad de la controversia donatista, sus implicaciones políticas y sociales, explican las presiones ejercidas por ambas partes. Un propietario donatista, Crispo de Calama rebautizó formalmente a ochenta colonos de su latifundio. Lo que ilustra la connivencia entre ricos y disidentes. El alejamiento de los centros urbanos permitía que los señores de la tierra sustituyeran a la autoridad estatal y aterrorizaran a los habitantes de la gleba. Encarcelaban a esclavos y por un motivo legal ejercían hasta la pena de muerte. ¿A quién puede extrañar que en este hostil *mundo circundante* el obispo Agustín conservase su amistad con su poderoso protector Romaniano, que seguía siendo maniqueo, pero apoyaba con su capital e influencia a su familiar?

Los católicos de Hipona, a diferencia de los donatistas, componían una comunidad donde se mezclaban ricos y pobres, grandes propietarios y esclavos. Como en la vida pública, la gente humilde era también mayoría entre ellos. En la iglesia, entendían rápidamente los sermones de Agustín, gozaban con los juegos de palabras,

reaccionaban y aplaudían, se acusaban y gesticulaban. Pero gran cantidad de feligreses eran analfabetos. No sabían leer ni escribir. Agustín dice a ese público que mira un libro sin saber leer y no ve más que garabatos indescifrables: «Yo soy su *códex*, yo soy su libro». Agustín era capaz de exponer todas las verdades de la fe, desde las más elevadas a las más cotidianas, de la generación del Verbo de Dios al perdón de las injurias, a este redil de fieles *acusmáticos*. En lugar de seleccionar o distinguir a los *matemáticos*, respetaba a la gente humilde y no reservaba las verdades más profundas «a los sabios». Lo mismo hacía el matemático Prevost en Perú. Cuando se daba cuenta que sus explicaciones resbalaban por encima de todos, también invitaba a sus oyentes a la oración, para que Dios iluminase y abriese sus inteligencias. En sus escritos, como sabemos, recurre con frecuencia a su experiencia personal y mística. Confiesa sus debilidades, sus tentaciones, los trastornos de sus noches: «En mi debilidad, gimo hacia Dios, y Aquel que conoce mi origen sabe lo que nace ahora en mi corazón». Así contextualizados, se entienden mejor los capítulos finales del libro X de las *Confesiones*, que estamos comentando.

El hecho de que estos capítulos resulten crípticos y que no resulte fácil discernir quiénes son los destinatarios de sus réplicas y reflexiones parece indicar que el «espíritu agustiniano» supone un talante reflexivo similar al que ha venido mostrando el obispo Prevost. Antes de sentenciar a favor o en contra de dos contendientes, escucha atentamente y con cierta timidez los argumentos de ambos. Está dispuesto a mediar en los conflictos, pero prefiere informarse antes de intervenir. El hecho de que haya escuchado primero a Zelenski no significa que se esté alineando con Ucrania, por lo que no hay nada extraño en que haya dejado despoticar a Vladimir Putin en una larga conversación telefónica en la que el presidente ruso, además de felicitarle y transmitirle saludos del Patriarca Kirill aprovechó el momento para acusar a su contrario de querer *escalar el conflicto*, ya que no puede acusarle de *haber iniciado las hostilidades* como hizo con el inestable Trump. El estilo pausado y comedido del nuevo papa obligará al zorro del Kremlin a desplegar sus argucias más sofisticadas. De momento su estrategia parece consistir en hacerse la víctima tratando de imputar al tenaz y resistente enemigo las acusaciones de terrorismo y de violar los derechos humanos. ¡Oh sorpresa! Pero una cosa es que el papa Prevost haya aceptado mediar en el conflicto ante Trump y ante Giorgia Meloni y que se haya limitado a pedirle a

Putin un «gesto» que favorezca la paz y otra muy distinta que el agradecimiento enviado al Patriarca Kirill y el acuerdo de aunar esfuerzos para proteger a las iglesias cristianas carezca de sentido para lograr la paz por medios políticos y diplomáticos.

Los más impacientes reprochan al nuevo papa su tardanza en tomar decisiones. Algunos fantasean literariamente, imaginando misteriosas presencias que se desdoblan para enviarle sofisticados mensajes provenientes del territorio de lo invisible. Ensimismado en su interioridad estaría averiguando su destino antes de hacer nombramientos o diseñar la dirección que ha de tomar su pontificado. Ignoran que san Agustín también se tomaba su tiempo para tomar decisiones y cómo desde el capítulo XXXVII del libro X de las *Confesiones* se demora advirtiendo las dificultades de discernir los «delitos ocultos» que pudiera estar cometiendo él mismo sin advertirlo en relación a la tentación de la *ambitio saeculi*, «*est enim qualiscumque in aliis generibus temptationum mihi facultas explorandi me, in hoc paene nulla est*» (porque en cualquier otro género de tentaciones tengo yo facultad de examinarme a mí mismo, pero en éste es casi nula) (*Conf.*: X, 37, 60). ¿No es la *via interioritatis* parte fundamental del espíritu agustiniano? ¿Hace falta imaginar extrañas sombras que se separan del cuerpo de León para garantizar su reflexión? No se trata solo de que el propio Agustín advirtiera que su gozo aumentaba con las alabanzas y que disminuía con los vituperios, sino de poner en tela de juicio las recetas de los interlocutores, incluso cuando venían vestidos con ropajes religiosos. ¿Cómo había convencido Putin a Kirill para que bendijese la invasión de Ucrania como una cruzada? ¿No recuerdan las invocaciones a la paz que hacen rusos y ucranianos a las prédicas pacifistas de los maniqueos? ¿No implica todo maniqueísmo un trasfondo de creencia mágicas? Cuando se trata de vencer la *ambitio saeculi* las recetas maniqueas o son inútiles o resultan contraproducentes.

¿No ocurre algo similar con las ceremonias de la diplomacia? San Agustín desconfiaba de los formalismos con los que los maniqueos recubrían su piedad, como las oraciones diarias acompañadas por doce postraciones y dirigidas a las diversas personalidades en el reino de la luz: el Padre de la Majestad, el primer hombre, el *Tertius Legatus*, el Espíritu o los cinco elementos, y así sucesivamente o, incluso, resultaban contraproducentes, puesto que se limitaban a enunciar una serie de epítetos elogiosos sin ruegos ni súplicas concretas. En realidad, mientras los maniqueos acuden a los fenómenos astronómicos para pautar sus ritos, por ejemplo, ayunando el primer

día de la semana en honor del Sol, o en el segundo día en honor de la Luna, etc., Agustín acude directamente a las enseñanzas de la Verdad divina misma para que le ilustre sobre su propia interioridad y le oriente sobre lo que debe evitar y lo que debe apetecer: «*veritas, docens, quid caveam et quid appetam*» (caminas conmigo, ¡oh verdad! enseñándome lo que debo evitar y lo que debo apetecer) (*Conf.: X, 40,65*).

Dos rasgos comparten el Padre de la Iglesia y el papa actual. Una prodigiosa memoria y la fijación por escrito de sus intervenciones públicas, de manera que le será fácil, si en el 2027 se decide a escribir unas *Retractaciones* para conformar su pensamiento a la ortodoxia católica que se fijó en el Concilio de Nicea, cuyo centenario se celebrará en Turquía este mismo año, acontecimiento en el que están trabajando a toda máquina el Vaticano. La audiencia que acaba de conceder al secretario de Estado, cardenal Pietro Parolin, al frente de los 200 superiores y funcionarios, muchos de ellos laicos y con una fuerte representación de mujeres es una excelente muestra del espíritu de colaboración que el espíritu agustiniano pretende fomentar. Esta secretaría que se remonta a los orígenes de la globalización en el siglo XV, dice León XIV que:

[...] ha ido asumiendo un rostro cada vez más universal y se ha ampliado considerablemente, con una progresión que le ha llevado a asumir nuevas tareas, a causa de las nuevas exigencias tanto en el ámbito eclesial como en las relaciones con los Estados y las Organizaciones Internacionales... Se trata de una gran comunidad que trabaja junto al Papa: juntos compartimos los interrogantes, las dificultades, los desafíos y las esperanzas del Pueblo de Dios, presentes en el mundo entero. Lo hacemos expresando siempre dos dimensiones esenciales: la *encarnación* y la *catolicidad*. [León XVI, 2025]

Por si no quedaba clara la imagen que remite a la Ciudad de Dios como Iglesia peregrinante en este mundo, el papa Prevost añadió:

Estamos encarnados en el tiempo y en la historia, porque si Dios ha elegido el camino humano y el lenguaje de los hombres, también la Iglesia está llamada a seguir esta senda, de manera que la alegría del Evangelio pueda alcanzar a todos y sea transmitida a las culturas y a los lenguajes actuales. Y al mismo tiempo tratamos siempre de mantener una mirada católica, universal, que nos permita valorar las diversas culturas y sensibilidades. [*Idem*]

Esta vindicación de la catolicidad, dada la duplicidad de significados, que parece reiterar la vieja idea de que la Iglesia católica es la verdadera depositaria de la Verdad del Evangelio, ¿no chocará con las reticencias de las distintas confesiones cristianas que siguen siendo cismáticas? Conviene recordar en este punto el capítulo XXXIX del libro X de las *Confesiones*, a cuyos destinatarios reprocha su orgullosa autosuficiencia, con lo que no parece referirse únicamente a los «indiferentes» maniqueos:

Mas estos tales, agradándose a sí mismos, te desagradan mucho a ti, no sólo teniendo por buenas cosas que no lo son, sino poseyendo tus bienes como si fuesen suyos propios; o si tuyos, como debidos a sus méritos; o si como debidos a tu gracia, no gozándose de ellos socialmente, sino envidiándolos en otros. (*Conf.*: X, 39, 64)<sup>6</sup>

¿No parece dirigirse más bien a los virtuosos filósofos estoicos que presumen de fuerza de voluntad y atribuyen el bien a su resistencia imperturbable? ¿Quiénes son los aludidos en esta diatriba contra el individualismo que no reconocen, sino que envidian, los méritos ajenos, pero además no se gozan como miembros de un cuerpo social? Individualistas *ultras* con tendencias «autistas» como Donald Trump y Elon Musk, a cuya confrontación (inevitable por lo demás) estamos asistiendo en vivo y en directo ¿no merecerían un reproche paralelo en el más puro y estricto espíritu agustiniano?

Por lo que respecta al papa Prevost, León XIV, es obvio que desconfía, sobre todo, de la hipocresía de muchos religiosos que critican en lugar de rezar y que como Agustín está más dispuesto a resolver los pleitos de los desconocidos que de los amigos. Sabemos muy poco de los ritos y ceremonias de los maniqueos, pero mucho de lo que sabemos procede de los escritos de Agustín, quien se queja de que a pesar de que los maniqueos pretendían ser cristianos, su fiesta de la muerte de Mani, la fiesta del Bema, superaba en solemnidad a las celebraciones de la muerte y resurrección de Cristo. Quizá por ello pueda considerarse que el capítulo final del libro X una diatriba doctrinal contra los maniqueos, porque insiste en explicar bien la doctrina del «*verax*

<sup>6</sup> «*Sed sibi placentes multum tibi displicent non tantum de non bonis quasi bonis, verum etiam de bonis tuis quasi suis, aut etiam sicut de tuis, sed tamquam de meritis suis, aut etiam sicut ex tua gratia, non tamen socialiter gaudentes, sed alius invidentes eam*».

*mediator ille dei et hominum, homo Christus Iesus*» (aquel verdadero mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús) (*Conf.*: X, 53, 68), pero ni siquiera este alegato antidocetista puede decirse que aluda más a los maniqueos que a los neoplatónicos. En realidad, después de la despedida polémica *Contra Fausto maniqueo*, que escribe cuando este influyente obispo desaparece hacia el año 400, sus obras polémicas se centran más en rebatir el rigorismo donatista y las supersticiones paganas<sup>7</sup>. Más que confrontar con los maniqueos africanos de los que se compadece como de sí mismo, sus críticas parecen dirigidas contra el propio Mani o Manés, como hemos visto por su soberbia pretensión de ubicarse en la estela de los fundadores de religiones (Buda, Zoroastro, Jesús), pero también por su lenguaje metafórico que ajusta mal con el latín.

Es cierto que, en África, la lengua latina, al igual que su cultura, apenas alcanza los muros de las grandes ciudades puesto que los fieles que viven en el campo o en las mesetas hablan púnico y que el púnico resulta indispensable en aquellas pugnas con los circunceliones cuando se trataba de discutir con los donatistas. En la ciudad de Hipona, el comercio era más próspero que la cultura, de modo que el letrado Agustín era una *rara avis* en este medio que debía adaptarse a su público. Cuando se encontraba en Cartago, estaba más a gusto porque el latín era allí la lengua cristiana por antonomasia. A diferencia de lo que ocurría en la Galia o Hispania, en las que estaban penetrando los pueblos bárbaros a finales del siglo IV y principios del siglo V, la cultura y la lengua latina se había modificado en contacto con las distintas y variadas tribus magrebíes hasta forjar el llamado «barroco africano», tan brillantemente analizado por G. Charles-Picard en *La Civilisation de l'Afrique romaine*<sup>8</sup>. África trae un

---

<sup>7</sup> En este sentido la crítica que hago a Heidegger de ignorar el contexto del maniqueísmo debe ampliarse a todo el entorno sociocultural del obispo Agustín, incluidos los filósofos greco-romanos y los cultos paganos. Si bien las obras antimaniqueas comienzan a partir del 388 y se intensifican a medida que adquiere más compromisos institucionales en la década de los 90, es obvio que su antidonatismo aparece en el 393 y se acentúa progresivamente en conexión con sus responsabilidades episcopales (*Salmo contra el partido de Donato* (393-396); *Contra la epístola de Parmeniano* del 400 y finalmente su *enfrentamiento* con Petiliano que culminará en la conferencia del 411). Como intelectual de prestigio, Agustín recibía visitas y mantenía discusiones con las élites culturales paganas. Aunque en sus sermones se alinea con el poder imperial contra los cultos tradicionales hay un tema que constituye la columna vertebral de su polémica contra la religión pagana que se inicia con *La adivinación de los demonios* (406-411) y culmina en *La ciudad de Dios* (413-426).

<sup>8</sup> Picard revolucionó los estudios sobre la romanización del África magrebí al destacar la presencia de pujantes ciudades de la época romana imperial, en las que grupos relativamente numerosos de habitantes mostraron una fuerte transformación cultural y una amplísima superación de los rasgos de la barbarie. El urbanismo que se detectaba, las obras de arte recuperadas tales como las esculturas y los

nuevo aliento a una lengua algo asmática. El genio magrebí fecunda la cultura greco-romana por la riqueza de su imaginación oriental y la originalidad de sus combinaciones verbales. No hay nada extraño en el hecho de que Agustín sufriese una fascinación pasajera antes los mitos maniqueos que rezumaban orientalismo y evocaban las tramas teatrales que tanto adoraba en su juventud. Una lengua mestizada, más florida que racional, recia y viva, en búsqueda de la palabra rara conectaba bien con el temperamento bereber que había heredado. Agustín parece cada vez más consciente de ese componente africano tras haber penetrado con su *ambitio saeculi* hasta el corazón mismo del imperio.

#### § 4. Latín y maniqueísmo

El pagano Máximo de Madaura, hombre culto de la época, ironizaba al hablar de las tradiciones africanas y se burlaba de los cristianos que preferían el archimártir Nanfamo a los dioses inmortales de Roma. Agustín se irrita por ese hecho, que creía romanizado sin matices ni límites, responde inmediatamente en los mismos términos: Podrías hallar suficiente motivo de chistes en Roma, con el dios Esterculino, la diosa Cloacine y la calva Venus —le replica—. ¿Cómo has podido llegar a atacar nombres púnicos, tú, un africano que escribe a africanos, cuando ambos somos africanos? Pareces olvidar lo que unos grandes eruditos reconocen, que los escritos púnicos son de buena calidad.

¿Acaso el rétor urbanita, que había triunfado con su verbo florido en Milán, no teme sobre todo y ante todo a la tentación de la *ambitio saeculi*, a la que había sucumbido «cuando me preparaba para recitar las alabanzas del emperador, en las que había de mentir mucho, y mintiendo había de ser favorecido de quienes lo sabían» (*Conf.*: VI, 6,

---

maravillosos mosaicos, la literatura generada por africanos, el potente desarrollo del cristianismo, así como las muestras de la existencia de una producción agrícola bastante próspera, eran todos significativos ejemplos de ese esplendor que alcanzó la civilización del África romana. Al destacar la importancia de la política municipal permite encuadrar mucho mejor la trayectoria del urbanita Agustín por las capitales del Imperio, así como su indiscutible adscripción africana que el mismo vindicó (pp. 328- 353). Sobre la romanización de África del norte hay una bibliografía muy extensa y una sorda confrontación interpretativa entre «imperialistas» y «nacionalistas», en el que las complejas relaciones con las tribus bereberes constituyen un elemento crucial en la investigación. Para una visión más equilibrada sigue siendo interesante consultar la magna obra de Décret y Fantar (1981).

9)<sup>9</sup> como recuerda en el episodio que puede considerarse el punto de inflexión en el que se desengaña de la inanidad que acecha en la búsqueda de la gloria literaria? Pero, para Agustín la lengua es un componente esencial de la vida cristiana y de la expresión de la fe; toca el alma africana, pues su admiración por la cultura latina no hace que los más romanizados pierdan la calidad de su identidad y el orgullo de su pertenencia a la raza de Yugurta. Por eso mismo, la *ambitio saeculi* le parece la tentación más sutil, en la que se compendian todas las demás, como parece desprenderse del enigmático capítulo XLI: «Porque vi tu esplendor con corazón enfermo, y, repelido, dije. ¿Quién podrá llegar allí?».<sup>10</sup> Agustín parece mostrar sus dudas sobre cómo se está forjando una lengua de iglesia, más viva que literaria, utilizada para la Biblia, la liturgia y la predicación, lo que ofendía a los puristas, pero servía al pueblo cristiano. ¿Quién podrá llegar a utilizarla para mayor gloria del verdadero Dios y de su Gran Iglesia?

Mientras en Roma, en la Galia o en Hispania se usaba el griego en el culto, en África la Iglesia familiarizó al pueblo con el latín y ayudó a su difusión en el Proconsulario y en Numidia. El latín llegó a ser expresión de la promoción social. Sastres, carniceros, zapateros, libertos y esclavos redactaban o hacían redactar sus epitafios en latín. Por cierto, es un latín pobre en que abundan errores y términos impropios, faltas gramaticales, solecismos y barbarismos. Pero si esa gente humilde habla mal el latín, ¿acaso la culpa es del Señor que preside todas las cosas o del instrumento que transmite mal el mensaje? ¿Hasta qué punto, sin embargo, tiene sentido atribuir estos malentendidos a la «avaricia» religiosa del pastor de almas?

Tú eres la verdad que preside sobre todas las cosas. Más yo, por mi avaricia, no quise perderte, sino que quise poseer contigo la mentira; del mismo modo que nadie quiere decir la mentira hasta el punto de que ignore lo que es la verdad. Y así yo te perdí, porque no te dignas ser poseído con la mentira. [Conf.: X, 51, 66]<sup>11</sup>

¿Cómo, si no es por un uso inapropiado del lenguaje, puede Agustín perder a su Dios? ¿No son las palabras las que pueden contener la mentira, de la que la realidad

<sup>9</sup> «Cum pararem recitare imperatori laudes, quibus plura mentire, et mentienti faveretur ab scientibus».

<sup>10</sup> «Vidi enim splendorem tuum corde saucio et re percussus dixit: quis illuc potest?».

<sup>11</sup> «Tu es veritas super omnia praesidens. At ego per avaritiam meam non amittere te volui, sed volui tecum possidere mendacium, sicut nemo vult ita falsum dicere, ut nesciat ipse, quid verum sit. Itaque amisi te, quia non dignaris cum mendatio possideri».

divina se zafa? ¿Qué funciones cumple el lenguaje en aras a servir a la verdad? ¿Acaso no es una metáfora identificar a Dios con la Verdad?

Esta última diatriba contra su propia predicación, en la que, por su avaricia de llevar las almas hacia Dios, él mismo se pierde en falacias retóricas (*mendacium*), es también el último atolladero dialéctico del que pretende salir airoso, mostrando las falacias de los que buscan escapar de la mentira por otros caminos. Y a eso se dedican los dos últimos capítulos del libro X, que comienzan preguntando: «¿Quién hallaría yo que me reconciliase contigo? ¿Debí recurrir a los ángeles? ¿Y con qué preces, con qué sacramentos?» (*Conf.: X 52, 67*)<sup>12</sup> Es decir, ¿qué alternativas ofrecen nuestros compatriotas africanos que también predicán en latín? Aunque es difícil negar a los comentaristas católicos que los «*multi conantes*» que aparecen referidos a continuación no son otros que los neoplatónicos, como Apuleyo o Porfirio, autor de un alegato en quince libros *Contra cristianos*, Heidegger no hace ninguna referencia ni comentario a estos capítulos finales, lo que acaba de confirmar, no ya su ignorancia del contexto maniqueo, sino el olvido de todo el contexto histórico-cultural que constituye el mundo circundante del obispo de Hipona, incluido el filosófico (neoplatónico) que tanto aprecia.

La *intelligentsia* pagana de África, sensible al prestigio de Agustín, mantenía buenas relaciones con él y, leyendo entre líneas, en este capítulo trasparecen esos intercambios. Se conservan las cartas de algunos paganos cultivados, como el rétor Máximo de Madaura, o Longiniano, un docto impregnado de platonismo, que son más académicas que inspiradas por la inquietud religiosa. Como se sabe, temas como la supervivencia del alma, la resurrección de los cuerpos, la prisión del alma en la caverna platónica, vuelven siempre en el debate que Agustín había entablado consigo mismo, antes de recibir el bautismo. El texto agustiniano parece burlarse directamente de esta vía neoplatónica en la que se mezclan prácticas ascéticas con elementos mágico-mistéricos de origen oriental, como las engañosas «*potentias magicas*», demonios disfrazados de «*angelum lucis*», que atraen «a la carne soberbia por el hecho mismo de carecer de cuerpo carnal» («*illexit superbam carnem, quod carneo corpore ipse non esset*», *ib.*). Los panegiristas literarios de León XIV, que tratan de interpretar su lentitud en la toma de

<sup>12</sup> «*Quem invenirem, qui me reconciliaret tibi? Ambiendum mihi fuit ad angelos? Qua prece? Quibus sacramentis?*».

decisiones y sus incómodos silencios, sobre todo, a los acostumbrados a la espontaneidad y vehemencia del Papa Francisco, acuden también a este misterioso entorno oriental, de índole mágico (ángeles, sombras, fuegos fatuos, etc.)

Que estas referencias son inequívocas se hace patente cuando acudimos a las obras polémicas posteriores de Agustín contra el paganismo, en particular *La ciudad de Dios*, en cuyo Libro X ajusta cuentas con los platónicos precisamente a propósito de la posición intermedia de los ángeles y de la ascensión del alma hacia Dios:

Al contrario, los teúrgos, o más bien los demonios, atribuyéndose apariencias y gestos de dioses, mancillan, en vez de purificar el espíritu humano con la falsedad de fantasmas y el juego falaz de las formas vacías. ¿Cómo pueden purificar el espíritu del hombre los que tienen sucio el suyo? [*De Civ.: X, 27*]<sup>13</sup>

Pregunta contra Porfirio, al que reprocha su impiedad por no reconocer ni siquiera la concesión de Apuleyo de que los demonios infralunares estaban sometidos también a pasiones, enfermedades y desórdenes. Pero más que en esos certámenes de doctos y filósofos, como pastor de almas, el obispo Agustín está interesado en responder a las dudas y objeciones anticristianas del hombre de la calle. La predicación agustiniana está llena de prevenciones, de reflexiones que formula en latín popular para atajar la espontaneidad de la vida cotidiana, el *carpe diem*, las burlas de los paganos sobre la resurrección de los muertos. Según ellos, ¿para qué hablar de promesas futuras? Importan las realidades concretas de la vida ¿Quién volvió de la muerte? ¿Quién pudo decirnos lo que pasa en el más allá? Aprovechemos pues, mientras estamos vivos todavía. Cuando hayamos muerto, por más que nuestros padres y amigos pongan ofrendas en nuestros ataúdes, éstas irán para los vivos y no para nosotros, ya muertos.

Amuletos, arúspices, magia, consulta de astrólogos son parte del ambiente popular de África. El terreno de la superstición está hecho de estratificaciones superpuestas que se interfieren. Lo que es verdadero en los países mediterráneos, lo es más todavía entre las poblaciones africanas. No existe hoy un solo núcleo social berberisco, que no tenga uno o varios brujos. Recogieron por tradición elementos de un arte que viene de

<sup>13</sup> «*Theurgi vero illi, vel potius demones, deorum species figurasque fingentes, inquinant potius quam purgant humanum spiritum falsitate phantasmatum et deceptiora vanarum ludificatione formarum. Quo modo enim purgant hominis spiritum, qui immundum habent proprium?*».

la profundidad de las edades, utilizado por los contemporáneos de Agustín. Una fórmula bien pronunciada, según ellos, moviliza a dioses y demonios. El marino de Hipona sigue invocando a Neptuno; la mujer que alumbra se dirige a Juno o a la madre Celeste. Para esos cristianos, dos seguros valen más que uno. Agustín que conoce bien a ese pueblo humilde, por haber vivido cerca de él, lo exhorta: «No digan: me dirijo a los ídolos, consulto augurios y sortilegios, pero no dejo la iglesia, yo soy católico». Pagano o cristiano, aquel pueblo humilde se imaginaba el mundo poblado de espíritus o genios ambivalentes, demonios que merodeaban alrededor de las fuentes, las casas y las tierras. Es importante entonces ganar su benevolencia. Ellos traen fortuna o desgracia. El mundo de los espíritus es a la vez inasequible y por esta misma razón fascinante. Cantos, danzas salvajes, sueños y trances, éxtasis y embriaguez servían para penetrar este universo de fuerzas, genios, demonios y divinidades, más cercanos de nuestras preocupaciones cotidianas que Cristo en su gloria. ¿No hay un cierto maniqueísmo en esta duplicidad entre la divinidad suprema y la vida cotidiana? En varios sermones Agustín alude a esta dicotomía

52

Dios es bueno y magnífico. Reina en lo más alto de los cielos. Dará la vida eterna. Pero, para lo temporal, en cuestión de bienes de la vida terrestre, esto ya incumbe a los demonios; las cosas materiales pertenecen a las potencias de las tinieblas.

Contra este maniqueísmo dicotómico, Agustín ofrece una receta única y racional: la verdadera mediación:

Mas era necesario que el Mediador entre Dios y los hombres tuviese algo en común con Dios y algo de común con los hombres, no fuese que, siendo semejante en ambos extremos a los hombres, y así no pudiera ser mediador. [*Conf. X.: 52, 67*]<sup>14</sup>

Esta doctrina del hombre Cristo Jesús como mediador universal es la que defiende contra la filosofía de los sabios y las reticencias de los incultos:

<sup>14</sup> «*Mediator autem inter Deum et homines oportebat ut haberet aliquid simile Deo, aliquid simile hominibus, ne in utroque hominibus similis longe esset a Deo, aut in utroque Deo similis longe esset ab hominibus atque ita mediator non esset*».

Si todos los hombres, como es mucho más verosímil y probable, mientras son mortales, son necesariamente desdichados [*miseri sint necesse est*], habrá que buscar un intermedio [*medius*] que no sea sólo hombre, sino también Dios; así con su intervención la mortalidad feliz de este intermedio conducirá a los hombres de la miseria mortal a la feliz inmortalidad. Era necesario [*oportebat*] que este intermediario se hiciera mortal y no permaneciera mortal. [*De Civ.*: IX, 15, 1]

Agustín emplea idéntica expresión en las *Confesiones* y en *La ciudad de Dios* (*oportebat*, ‘era necesario’, ‘resultaba conveniente’). ¿Por qué? Superstición y magia no tenían otra razón de ser que hacerse favorables al espíritu, de manera directa o por *intermediarios*, recurriendo a procedimientos profundamente aferrados en el alma africana y humana. Agustín sabía que esta necesidad no procede de una reflexión, sino de un reflejo, de un instinto y de un subconsciente irracional.

Según las anotaciones de trabajo para una lección no impartida de 1918-1919 sobre «los fundamentos filosóficos de la mística medieval», también Heidegger diagnostica un «estancamiento religioso», pues considera que este *a priori está enraizado* en un fondo irracional religioso, que parece ser tan viejo como el mundo:

Pero, independientemente de ello, y como fruto de una absoluta carencia de consciencia cultural originaria, corresponde a la *estructura del sistema*, que no ha surgido tampoco ella misma de un acto *orgánico* de cultura, el que el contenido axiológico vivencialmente experimentable de la religión como tal, su esfera material de sentido, tenga que atravesar un intrincado paraje dogmático, inorgánico, y *en absoluto clasificado teóricamente*, de proposiciones y pasos argumentales, para avasallar finalmente al sujeto en forma de leyes y preceptos dotados de violencia policial, sobrecogiéndole oscuramente y oprimiéndole. [Heidegger, 1997: 226]

¿No es esta *estructura del sistema religioso* lo que explica entre los africanos cristianizados ese retorno irracional hacia lo que condicionó la vida religiosa de los antepasados? Agustín conoce este instinto de la tierra «Basta que truene y el campesino recurre a los sortilegios, por temor al granizo». El hombre antiguo, así como está rodeado por un mundo que lo rebasa, se siente amenazado, y de ahí el recurso a una fuerza benéfica. En sus sermones, el obispo se muestra perspicaz, cuando explica un salmo que bendice al Señor:

Cuando todo anda bien, tú bendices al Señor. Dios te da el varoncito que has deseado y le bendices por ello. Tu mujer alumbra sin novedad y bendices al Señor. Tu hijo enfermo sana y bendices al Señor. Pero cuando tu hijo se enfermó, fuiste a ver al adivino y recurriste a los sortilegios.

La enfermedad depende más de fuerzas oscuras e incontrolables que de ciencia exacta. En su tratado de la *Doctrina cristiana*, redactada hacia el 397 Agustín presenta todo un arsenal de prácticas supersticiosas, para conjurar la suerte, sanar una jaqueca o detener algún hipo.

Antes de volver sobre la exégesis heideggeriana, acabemos de ubicar al obispo de Hipona ante su público, en particular, ante los maniqueos clandestinos que él considera una suerte de cristianos confundidos, que pueden ser recuperados para el redil de la Gran Iglesia, siguiendo su ejemplo. No es inverosímil que a ellos fuera dirigido el penúltimo párrafo del Libro X:

Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad, más tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos (1, Cor, 5, 75). He aquí, Señor, que yo arrojo en ti mi cuidado, a fin de que viva y pueda considerar las maravillas de tu ley. Tú conoces mi impericia y mi enfermedad: enséñame y sáname. [Conf.: X, 53, 70]<sup>15</sup>

Agustín, que está reconociendo ante sus conciudadanos, sean paganos, cristianos, donatistas o maniqueos, que todavía sufre tentaciones, da un paso más y se muestra aterrado (*conterritus*), no por los ataques y asechanzas de los circunceliones, sino por sus propios pecados y por el peso (*mole*) de su miseria (recuérdese la identificación entre *molestias* y *tentationes*, que advierte la hermenéutica heideggeriana). Decidido a tenerse a-sí-mismo en un esfuerzo radical mediante su retiro a la soledad, plantea ahora que el *cómo de la ejecución fáctica* de la experiencia *no es el cómo* que se agitaba en su corazón al abandonar el maniqueísmo, *sino el cómo del consejo paulino* que se cifra en aceptar que Cristo, el mediador, murió por todos nosotros para que cada uno no viva

<sup>15</sup> «*Conterritus peccatis meis et mole miseriae meae, agitaveram corde meditatusque fueram fugam in solitudinem, sed prohibuisti me et confortasti me dicens: Ideo Christus pro omnibus mortuus est, ut et qui vivunt iam non sibi vivant, sed ei qui pro-ipsis mortuus est. Ecce, Domine, iacto in te curam meam, ut vivam, et considerabo mirabilia de lege tua. Tu scis imperitiam meam et infirmitatem mea: Doce me et sana me*».

egoístamente para sí, sino para la comunidad, pues el enseña y cura las torpezas y enfermedades que produce el desvarío maniqueo.

En realidad, tiene todo el sentido del mundo entender los capítulos finales, no tanto como una refutación del docetismo que abrazan los maniqueos (que también), al diferenciar entre el *Jesús histórico* y el *Jesús Esplendor*, sino como una vindicación del sacramento de la comunión que, al parecer, los maniqueos también practicaban.

No me calumnien los soberbios —concluye Agustín su libro X—, porque pienso en mi rescate, y lo como y bebo y distribuyo y, pobre, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y son saciados. Y alabarán al Señor los que le buscan. [Conf.: X, 53, 70]<sup>16</sup>

Frente al repudio que Mani o Manés ejecuta del Jesús histórico de Nazaret «hijo de una viuda pobre», «Mesías judío crucificado por los propios judíos», pobre «diablo justamente castigado por interferir en la labor de Jesús Esplendor», Agustín proclama que Cristo es *único*, es decir, uno y el mismo divino redentor portador de todos los esplendorosos tesoros de la sabiduría y la ciencia, como proclama san Pablo a los colosenses, cuando les dice que «el misterio de Dios es Cristo, en quien están escondidos», al tiempo que es también realmente un hombre de carne y hueso, capaz de vivir, sufrir y morir «pues en Cristo *habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*» (Col. 2, 3 y ss.).

La cita de san Pablo a los colosenses tiene aquí toda la intencionalidad del mundo en la medida en que la afirmación de que la plenitud de la divinidad está en Cristo «corporalmente» se hace, por un lado, para prevenir «que nadie os engañe con argumentos capciosos», para lo que Agustín subraya que la redención pasa por el sufrimiento sangriento de Jesús («*redimit me sanguine suo*»), al tiempo, que, por otro, vindica contra los soberbios que calumnian a los cristianos denunciando canibalismo en el sacramento de la eucaristía. Justamente, san Pablo critica la ascesis frigia en los mismos términos espirituales en los que Agustín se había burlado de la ascesis maniquea:

<sup>16</sup> «*Ille tuus unicus, in quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi, redemit me sanguine suo. Non calumniantur mihi superbi, quoniam cogito pretium meum et manduco et bibo et ergo et pauper cupio saturari ex eo inter illos qui edunt et saturantur. Et laudabunt Dominum qui requirunt eum*».

Que ninguno, pues, os juzgue por la comida o la bebida [...], cuya realidad es Cristo. Que nadie con afectada humildad o con el culto de los ángeles os prive del premio, haciendo alarde de lo que ha visto, hinchándose sin fundamento de su inteligencia carnal [...]. Pues si con Cristo estáis muertos a los elementos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os dejáis subyugar? «No cojas, no gustes, no toques». Todos estos ¿no son preceptos y enseñanzas humanas de cosas que con el uso se consumen? Son preceptos que implican cierta especie de sabiduría, de afectada piedad, humildad y severidad con el cuerpo, pero sin valor alguno si no es para la satisfacción de la carne. [Col., 2, 16-23]

¿Y no parece la epístola de san Pablo escrita contra los maniqueos, contra su pretensión de sustituir la intermediación de Cristo por los ángeles o contra su distinción dualista entre cosas puras e impuras? Para más *inri*, Agustín se regodea trufando los textos de san Pablo con citas de Salmos del Antiguo Testamento, que tanto desagradaban a los maniqueos.

## § 5. Cierre

El papa Prevost está en el comienzo mismo de su pontificado que se acoge, según confesión propia, al espíritu heredado de san Agustín. Sin embargo, después de 1600 años el legado se ha hecho más complejo. En particular. León XIV, se acoge al legado del que considera el papa más inteligente del siglo XX, san Pablo VI, a quien cita expresamente por sus reformas de la curia romana, que explicó en un discurso de 1963. En la nueva estructura del Vaticano la Secretaría de Estado se convierte en el *punto de conexión* que coordina los distintos dicasterios con las demás instituciones de la Sede Apostólica. Tal es el espíritu del Concilio Vaticano II que continúa la historia de la *Ciudad de Dios* narrada por san Agustín. Vistas así las cosas, se entiende la gratitud del papa Prevost, experto también en la curia romana, hacía la Secretaría de Estado y la exhortación que les hace para continuar con su trabajo colectivo.

Que este lugar no sea contaminado por las ambiciones y antagonismos, al contrario, sea una verdadera comunidad de fe y de caridad. De hermanos y de hijos del Papa, que se desviven generosamente por el bien de la Iglesia.

El espíritu agustiniano triunfa en Roma, por primera vez, después de 1600 años de historia. San Agustín murió en el 430, no por las insidias de los circuncelones, ni por la conspiración de los maniqueos clandestinos, sino a manos de los vándalos del norte que sembraron el caos y la destrucción en la civilización romana. ¿Quiénes son los bárbaros hoy?

## Bibliografía

- Agustín, San (1968), *Las confesiones* (P. Ángel Custodio Vega, OSA, ed.), 6.<sup>a</sup> ed. Madrid, BAC [1946]. Obras Completas, t. II. Edición bilingüe.
- Agustín, San (1964-1965), *La ciudad de Dios* (P. José Morán, OSA, ed.), 2.<sup>a</sup> ed. Madrid, BAC [1946]. Obras Completas, t. XVI y t. XVII, 2 vols. Edición bilingüe.
- Agustín, San (1946), *Obras filosóficas: El libre albedrío*. Madrid, BAC. Obras Completas, t. III. Edición bilingüe.
- Boissier, Gaston (1898), *La fin du paganisme*, 3.<sup>a</sup> ed. Paris, Hachette.
- Charles-Picard, Gilbert (1959), *La civilisation de l'Afrique romaine*. Paris, Plon.
- Décret, François y Fantar, Mahmed (1981), *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité. Histoire et civilisation*. Paris, Payot.
- Gourdon, Louis (1900), *Essai sur la conversion de Saint Augustin*. Paris, Cahors.
- Hamman, Adalbert (1989), *La vida cotidiana en el norte de África en los tiempos de san Agustín* (Luis Castongay, trad.). Centro de Estudios Teológicos Amazonía (CETA) [1979].
- Harnack, Adolf (1895) *Augustins Konfessionen: ein Vortrag*, 2. Auflage. Giessen, J. Rickert?
- Heidegger, Martin (2014), *Problemas fundamentales de la fenomenología (1919/1920)* (Francisco de Lara, trad.). Madrid, Alianza [1993].
- Heidegger, Martin (1997), *Estudios sobre mística medieval* (Jacobo Muñoz, trad.). Madrid, Siruela [1919].
- León XIV (2025), «Discurso del Santo Padre León XIV a los superiores y a los oficiales de la Secretaría de Estado», 5 de junio, en *La Santa Sede*, <<https://www.vatican.va/content/leon-xiv/es/speeches/2025/june/documents/20250605-segreteria-distato.html>>, [30/05/2025].
- Navarro Coma, Francesc (1998) «Romaniano y Agustín: amistad e intereses entre un curial rico y un curial pobre», en *Polis. Revista de Ideas y Formas Políticas de la Antigüedad Clásica*, n.º 10, pp. 247-267, <<https://ebuah.uah.es/dspace/handle/10017/5596>>, [01/04/2025].
- Prevost Martínez, Robert (2025), «Robert Francis Prevost, l'intervista esclusiva prima dell'elezione», en Tg1, RAI, <[https://www.raiplay.it/video/2025/05/Robert-Francis-Prevost-intervista-esclusiva-prima-dellelezione-1f62f1be-933c-4446-b877-0407d93e4352.html?wt\\_mc=2.www.cpy.raiplay\\_vid\\_Tg1](https://www.raiplay.it/video/2025/05/Robert-Francis-Prevost-intervista-esclusiva-prima-dellelezione-1f62f1be-933c-4446-b877-0407d93e4352.html?wt_mc=2.www.cpy.raiplay_vid_Tg1)>, [30/05/2025].
- Prevost Martínez, Robert (2007) «San Agustín: una presentación» en Tarsicius J. van Vabel, *San Agustín*. Bruselas/Heverlee, Fonds Mercator/Instituto Histórico Agustiniano.
- Prevost Martínez, Robert (2001) «Necesidad divina», en Craig, W. L. (ed.), *Philosophy of Religion: A Reader and Guide*. Edinburgh University Press,
- Prevost Martínez, Robert (1990), *Probability and Theistic Explanation*. Oxford, Clarendon Press.

- Prevost Martínez, Robert (1987), *El oficio y autoridad del prior local en la orden de san Agustín*. Pontificia Universidad Santo Tomás de Aquino, Roma. Tesis doctoral.
- Portocarrero, Ricardo (2000), *Historia del Perú: el Perú contemporáneo*. Lima, Lexus.
- Sagrada Biblia* (1944): *versión directa de las lenguas originales* (Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, eds.). Madrid, BAC, en *Internet Archive*, <<https://archive.org/details/sagrada-biblia-nacar-colunga/mode/2up>>, [03/02/2025].
- Spengler, Oswald (2002), *La decadencia de Occidente: bosquejo de una morfología de la Historia Universal* (Manuel García Morente, trad.). Madrid, Espasa Calpe [1921-1922]. 2 vols.